

Las numerosas limosnas que recibieron de los barceloneses les sirvieron para edificar el convento é iglesia aun subsistentes, en la plaza de su nombre, bajo la invocacion de la Santisima Virgen con el título del *Buen Suceso*, queriendo sin duda aludir al feliz éxito á que viniera su negocio. El consejo de ciento contribuyó al coste de la obra que se principió en 14 de Junio de 1626 en el terreno ocupado por unas casas que para el intento compró y cedió á los Servitas Don Monserrate de Navarra, ciudadano honrado de Barcelona, cuya sepultura está en la capilla y cuyo retrato conservaba el convento, que le tenia por fundador ó por primer protector á lo menos.

Puso la primera piedra del edificio el entonces obispo de la diócesis Don Juan Sentis y la obra tuvo feliz término en 1635, á 4 de Marzo de cuyo año se trasladó el Santísimo sacramento al altar mayor de la nueva iglesia, con procesion á que asistieron el obispo Don Garci Gil Manrique y los magistrados municipales.

Este convento que nada notable presenta ni al arte ni á la historia ni á la leyenda, sirve en el dia de cuartel de infantería, despues de haber sido por algun tiempo Hospital militar.

No obstante la esclaustracion de los religiosos, en la iglesia se continua el culto y venérase en su altar la imágen de Nuestra Señora de los Dolores, al cargo y cuidado de la congregacion del mismo título que la saca en procesion el domingo de ramos.



SANTAS CRUCES.

(CATALUÑA)

I.

LOS DOS MONCADAS.



O hay ningun cronista que deje de convenir en que era este monasterio despues del de Poblet el mejor monumento que los cistercienses poseian en Cataluña.

Como nosotros no hemos visitado este bello edificio, joya de nuestro suelo y cuna de grandes recuerdos, cederemos por un momento la palabra al ya varias veces citado Piferrer.

«No tenia, dice este hablando de Santas Cruces, la imponente grandeza de Poblet, pero presentaba en cambio mas unidad artística, formas mas sencillas y severas, y sobre todo mayor belleza intrínseca, nacida de las gallardas proporciones que conservaban entre sí

sus miembros. Su iglesia, principalmente, aventajaba y aventaja no solo á la de Poblet, sino á las creaciones mas acabadas de su siglo. Descúbrese su fachada, apenas se cruza la puerta del monasterio, sobre unas gradas espacuosas, puestas al pié de una cisterna, que cierran una larga calle formada por las casas de los jubilados, las oficinas y el palacio de los abades. El triste y oscuro color de sus piedras, la dulce tranquilidad de sus líneas y la noble sencillez de todas sus partes llaman de repente las miradas del artista, que la contempla largo rato sin acertar á descubrir la causa de su singular belleza. Es un simple cuerpo central con dos alas algo mas bajas, coronadas de almenas, en que sobre las cimbras concéntricas de la puerta no descuella mas que una esbelta ojiva entre dos ventanas semicirculares, pero es tanta la delicadeza de los arcos cimbrados, tan ricos los follajes que sirven de capiteles á las columnitas que los sostienen, tan gallarda la ojiva, tan feliz la distribucion de todas sus partes, que los sentidos, la inteligencia y hasta la imaginacion reposan en ella con placer viéndose á la vez halagados y satisfechos. Ante ella se medita involuntariamente y se siente aun mucho mas que no se medita: el corazon obra mas que el pensamiento, é impele á acercarse á sus muros y á ver lo que oculta tras sí tan misterioso velo.

«Afortunadamente la fachada y el interior guardan perfecta armonía, y el entusiasmo artístico, en vez de menguar, crece cuando apenas puesto el pié en el santuario, se ve una hermosa cruz latina cuya rectitud y paralelismo de líneas no están siquiera cortados por el ábside, de planta cuadrilonga. Divídela en tres naves grandes pilares adornados de un sencillo filete que constituye el arranque de las ojivas de las bóvedas: tiene en su centro el coro, dos bellos sepulcros góticos en el crucero, y en el fondo de la nave mayor un tabernáculo encima del cual brillan los pintados cristales de un roseton abierto en la pared del ábside. Hay en todo una simplicidad y una desnudez que asombran, pareciendo difícil que haya podido brotar de ellas la belleza que respira el templo, fundada nó en el lujo de los detalles sino en la armonía del conjunto.»

Y ahora, pues ya Piferrer nos ha dado una idea del edificio, pasemos nosotros á hablar de los recuerdos que encierra, esperando el momento de narrar el suceso por el cual se fundó si á la tradicion hemos de dar crédito.

Nos detendremos lo primero de todo ante las dos tumbas que se ven en el coro.

Descansan en ellas dos bravos caballeros de los que con su espada llevaron el espanto al corazon de los enemigos de la patria.

Don Guillen y Don Ramon de Moncada yacen allí. Moncada! Nombre ilustre! nombre de titanes, de héroes, de reyes!

Veamos que adversa fortuna trajo á esos dos Moncadas á dormir sus sueños de muerte bajo las frias losas que en Santas Cruces dicen su nombre al viajero.

Ciento cincuenta velas flotaban en el puerto de Salou á primeros de Setiembre de 1227.

Era que Don Jaime marchaba á la conquista de Mallorca, ansioso de arrojar á los infieles de la isla, y de ganar para honra de la cristiandad los baluartes en que ondeaba la morisca enseña. Acompañábanle sus mejores lanzas y sus mas cumplidos caballeros.

No es nuestro ánimo referir las primeras hazañas que ilustraron las armas catalanas y aragonesas; solo nos detendremos en el suceso que narrar hemos tomado á nuestro cargo.

Acababa la flota de llegar á Santa Ponza, desembarcando todos los buenos caballeros sin que bastara á impedirselo el crecido número de infieles que bajaron á la orilla.

Ramon de Moncada, encargado de proteger el desembarco, habia sido el primero en poner el pié en tierra firme.

Acamparon como mejor les fué posible aquella noche y al siguiente dia los primeros albos encontraron ya en movimiento á todo el campo. Acudieron los magnates al pabellon real y celebrados allí los divinos oficios, Don Berenguer de Palou, el arzobispo de Barcelona, les hizo á todos la siguiente plática:

—Barones, no es ahora ocasion de largo razonamiento, que ni la materia lo consiente, ni este hecho en que el rey y nosotros estamos, es nuestro, sino de Dios. Por esto haced cuenta que quienes murieran, morirán por Nuestro Señor y serán en el paraiso, en donde alcanzarán gloria perdurable; y los que quedaren vivos, tendrán honra y prez en vida, y buena fé en su muerte. Por Dios, ánimo, barones; porque el rey nuestro amo y nosotros, qué mas queremos sino destruir á los que reniegan de la fé y del nombre de Jesucristo? Pensar puede y debe cada cual que hoy no se partirán de nosotros Dios ni su Madre, antes nos darán la victoria: ánimo pues que todo lo venceremos, y hoy ha de ser la batalla: ánimo, que con nuestro bueno y natural señor vamos, y Dios superior á él y á nosotros, ayudarnos ha!

Fueron estas palabras acogidas con el mayor entusiasmo.

En seguida y en medio del mas religioso silencio, llegóse al altar Guillen de Moncada, que no habia comulgado con los demás al partir de Cataluña; y lo hizo entonces con lágrimas de sus ojos, como si una voz secreta, dice la cróni-

ca, le advirtiese de su destino, y le moviese á recibir el Sacramento y á prepararse para la batalla con una triste alegría.

Tratóse inmediatamente de quién llevaría la vanguardia y decidióse que los Moncadas.

Buenos y leales caballeros! Siempre iban ellos delante cuando se trataba de marchar al enemigo, siempre eran sus espadas las que brillaban primero cuando se trataba de probar la lealtad ó el valor!

En esto se hallaban cuando entró un caballero y dijo al rey que gran parte de los peones se salian del campo contra el enemigo, no pudiendo contener su natural arrojo y los deseos que sentian de lidiar con los moros. Todos entonces acudieron á sus compañías; Don Jaime, casi desarmado como estaba, montó en un caballo, y mientras le preparaban y armaban el suyo, adelantose en compañía del caballero Rocafort y alcanzando á los peones les representó como iban á una muerte cierta si no esperaban la caballería que les ayudase.

Detúvose el razonamiento del monarca hasta que, llegando los tercios de los Moncadas, del de Ampurias y los Templarios, prosiguieron el avance.

Solo quedó el rey con Rocafort en el campo, y como oyese grande estrépito de armas cual si ya los bandos hubiesen llegado á las manos, volvióse y dijo á un trotero que á toda brida corriese á participarlo á Don Nuño Sanchez, conde del Rosellon, para que en el acto saliese al frente de sus reservas.

La crónica con su cándida sencillez nos ha conservado el diálogo que tuvo entonces lugar entre el rey y Rocafort.

Crecía el estruendo, el trotero no volvía, y la congoja del rey se aumentaba por instantes, por lo cual dijo á Rocafort:

— Id vos allá, daos prisa, y decidle á Don Nuño que en mal hora se tarda hoy tanto, que por ventura tal daño nos acarreará su tardanza que su comida nos hará mal provecho, porque no debe la vanguardia ir tan lejos de la retaguardia, ni esta de aquella.

— Señor, estais aquí solo y no os abandonaré por nada de este mundo.

Así dijo Rocafort, y el rey hablando consigo mismo:

— Santa María! — exclamaba en su agustia, — como tarda tanto Don Nuño? En verdad hace mal.

Mientras traía en su pecho esta cruel batalla, redobló el estruendo y oyendo los golpes y los gritos de los combatientes, dijo:

— Santa María! ayuda á los nuestros que cierto venido han á las manos!

Y así era en efecto, como vamos á ver.

Así que habia avanzado la vanguardia, recibiera la noticia de que el rey de

Mallorca habia sacado el ejército de sus tiendas, y dejando en ellas una buena escolta se adelantaba por otro camino con lo principal de sus huestes.

Entonces los Moncadas dividieron en dos sus escasas fuerzas. Una mitad al mando del conde Hugo de Ampurias y del maestre del Templo se dirigió á las tiendas, mientras que la otra mitad, á las órdenes de los dos Moncadas, que reservaron para sí el mayor peligro, esperó á los moros á pié firme.

No tardaron estos en llegar y comenzó el mas recio y mas crudo combate.

El de Ampurias y el maestre entraron á viva fuerza las tiendas y se apoderaron de ellas, pero no fué tan propicia la suerte con las armas de los Moncadas. Tres veces desalojaron á la morisma de un cerro que habian ocupado y tres veces los sarracenos volvieron á apoderarse de él. Corto era el número de los cristianos y ninguna señal se veía de que de Santa Ponza les viniese socorro.

En tan apurado trance, y estando ya algo desordenada la gente, reunieron los Moncadas á todos los caballeros y colocándose á su frente,

— Adelante, y acabemos con la morisma, dijeron solo:

Y adelante fueron todos, y tan adelante pasaron, que rompieron aquella vez los batallones enemigos.

Pero la muerte esperaba inexorable y sañuda á los mas valientes en el seno mismo de la victoria.

Acorralados los Moncadas como leones por gran muchedumbre de moros, como leones pelearon, pero peleando murieron. Perecieron á su lado Hugo de Mataplana, Hugo Desfar y otros ocho ilustres caballeros.

Esto no obstante, la jornada quedó por los cristianos.

Ya en esto, es decir, mientras los primeros choques de los Moncadas con los sarracenos, habian acudido al rey, Don Nuño, — cuya tardanza fué mas reprehensible por haberse detenido á comer mientras los demás lidiaban, — Beltran de Naya, Lope Gimenez de Lucía y Don Pedro de Pomar con toda su gente.

Admirados de hallarse al rey le preguntaron que como estaba allí.

— Estamos aquí, contestó Don Jaime, por causa de los peones que he tenido que detener; pero démonos prisa, por Dios, señores, pues parece que los nuestros han empezado ya el choque.

— No llevais cota, señor? dijole Beltran de Naya.

— No la tenemos aquí, respondióle el monarca.

— Pues tomad esta, añadió el de Naya.

Y despojándose de la suya, dióselo al rey que se la vistió, avanzando en

seguida, despues de haber dado orden para que acudiesen todos los demás caballeros que habian quedado en el campo con sus compañías.

Llegados al lugar del choque, encontróse Don Jaime con Guillermo de Mediona, de quien decian que no habia en Cataluña otro que mejor justara, siendo además buen y cabal caballero, el cual se retiraba de la batalla llevando ensangrentado todo el labio inferior.

— Guillermo de Mediona, — díjole el rey al verle en tal estado, — cómo os salís de la batalla?

— Porque estoy herido, — contestó el caballero.

Acercóse Don Jaime y vió que su herida era solo en la boca de una pedrada que le habian arrojado. Al ver esto, el mismo rey cojió su caballo de las riendas y díjole al ginete:

— Volveos, Guillermo de Mediona, á la batalla, que un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse ni menos abandonar la lucha.

Corrido el de Mediona, volvió riendas al corcel y entróse á galope en lo mas recio de la pelea, cumpliendo tan bien con lo que se le mandaba que nunca mas pareció.

Viendo que la batalla estaba ganada y que derrotados huian los sarracenos, el rey dijo á Don Nuño:

— El rey de Mallorca está en la montaña, de consiguiente lo mejor seria que nos dirigiésemos á la ciudad, adonde él no podrá llegar antes que nosotros.

Y adelantábase dicho esto Don Jaime; cuando se le presentó el buen caballero Raimundo de Alemany que le dijo:

— Señor, podremos saber lo que resolveis?

— Marchar á la ciudad, — contestóle el monarca, — para impedir que el rey vuelva á ella.

— Estoy viendo, — dijo el de Alemany, — que vais á hacer lo que ningun rey hace despues de ganar una batalla, pues allí donde se venciere, es preciso pasar la noche para saber que es lo que se gana ó pierde.

— Sabed, Raimundo de Alemany, — contestóle Don Jaime, — que lo que nos decimos es lo que conviene.

Y pasó adelante. Cosa de una milla habia andado, cuando se le acercó Don Berenguer de Palou, el guerrero obispo de Barcelona diciéndole:

— Señor, por amor de Dios no lleveis tanta prisa!

— Porqué nó, obispo? — le contestó el rey. — Cuanto mas pronto despachemos mejor.

— Es que tengo que hablaros, — continuó el obispo.

Y retirándole á un lado del camino le dijo:

— Ah! señor! acabais de sufrir una pérdida mayor de lo que os podeis figurar: Guillermo y Ramon de Moncada han muerto.

— Qué decís? Han muerto los Moncadas?

— Si, los Moncadas han muerto.

Y el rey se echó á llorar y con él el obispo.

Oh! buenos caballeros debian ser aquellos cuya muerte merecia ser llorada de reyes como Don Jaime.

— No lloreis, — dijo el primero el monarca enjugando sus lágrimas, — no conviene llorar ahora; lo que conviene es sacar los cadáveres del campamento cuanto antes.

En seguida prosiguió Don Jaime su camino hasta que encontró sitio para acampar á vista de la ciudad.

Anochecido habia ya cuando dijo el obispo al rey, que acababa de comer:

— Señor, ya que habeis comido, bueno seria que fueseis á ver á Guillen y á Ramon de Moncada.

Respondió el monarca que era bien pensado, y mandando encender varias antorchas y velas, fuéronse ante todo en busca de Guillen á quien encontraron tendido en tierra sobre un almadrague y tapado con una cubierta. Largo rato permaneció el rey llorando sobre su cuerpo, no menos que sobre el del otro Moncada en busca de cuyo cadáver fueron en seguida.

Volvióse Don Jaime á pasar la noche en el campamento.

Al rayar el alba del siguiente dia, reuniéronse los obispos y los nobles y pasaron á la tienda real, en cuya entrevista el obispo Don Berenguer de Palou dijo al monarca:

— Señor, convendrá que demos sepultura á esos cuerpos muertos?

— Teneis razon, — contestóle el rey.

— Y cuando quereis que lo hagamos? — continuó.

— Ahora mismo ó mañana por la mañana, — contestaron algunos; — ó si no despues de comer.

— Valdrá mas mañana por la mañana, — dijo el rey, — pues así los sarracenos no lo verán.

En efecto, despues de puesto el sol, mandó Don Jaime traer algunas telas anchas y largas y las hizo colgar á la parte de la ciudad, á fin de que los que habia en esta no viesen el resplandor de las luces cuando se celebrase el entierro.

Al bajar á su última morada los despojos de aquellos tan nobles, tan leales

y valientes caballeros, prorumpieron todos los de la comitiva, nobles y pecheros, en grandes sollozos y vivas exclamaciones de dolor. Al observar esto, reprimió el rey su propio llanto y dijo á todos que callasen y escuchasen cierta cosa que decirles queria, y habido por ello silencio, así les habló el monarca:

— Barones, estos ricoshomes que aquí veis muertos, han perecido en servicio de Dios y nuestro. Si nos fuese posible recobrarlos, de manera que pudiésemos volverlos á la vida, tanto daríamos de lo nuestro y de nuestras tierras para que Dios nos otorgara esta gracia, que á buen seguro por loco nos habian de tomar cuantos supieran lo que ofreceríamos. Pero ya que ha sido voluntad de Dios el que Nos y vosotros le prestáramos un servicio tan señalado, no conviene por lo mismo mostrar aquí sentimiento ni derramar lágrimas: cierto es que el pesar es grande, mas ninguna necesidad hay de que lo sepan los que pueden oirlo desde afuera: en fuerza pues del señorío que tenemos sobre vosotros, mandamos que ninguno se atreva á llorar ni á gemir, que aun cuando perezcan con aquellos las ocasiones en que hubieran podido haceros bien, Nos las sabremos suplir, otorgándoos lo que fuese menester. Si alguno de vosotros perdiese el caballo ú otra cosa, venga á Nos y se lo enmendaremos cumplidamente, sin que por esto os hagan falta vuestros señores en lo mas mínimo, de tal guisa serán los beneficios que os hagamos, y cuyo valor facilmente podreis conocer. Ved, con esto, que vuestro llanto solo serviria para desmayar al ejército, y que este seria el único provecho que sacaríais. Así pues, os mandamos por la naturaleza que sobre vosotros tenemos, que ceséis de llorar: el mejor sentimiento que en tal ocasion puede mostrarse será que Nos con vosotros y vosotros con Nos nos lamentemos de tal pérdida pero sirviendo debidamente á Nuestro Señor en la empresa que hemos acometido, á fin de que en todos tiempos sea su nombre santificado.

Tal fué el razonamiento que tuvo Don Jaime á la gente de los Moncadas, razonamiento que fielmente ha sido traducido del lemosin en que estas palabras fueron dichas por el monarca.

Enterráronse en seguida los cuerpos que en el mismo campo de batalla estuvieron hasta que, tomada la ciudad, es fama que se depositaron en la pequeña iglesia llamada del *Sepulcro*, antes mezquita, y se trasladaron mas tarde al monasterio de Santas Cruces y al lugar en que los hemos hallado.

Y pues ya hemos pagado un justo tributo de admiracion y el debido recuerdo á los Moncadas, pasemos adelante en nuestra relacion acerca el grandioso y espléndido monasterio que nos ocupa.

II.

RECUERDOS DE GLORIA.

No son estos en verdad los únicos sepulcros de hombres ilustres que duermen bajo las bóvedas de Santas Cruces.

El arte se envanece de tener dos joyas de inapreciable mérito, de riquísimo valor en los famosos monumentos funerarios que guardan los cenizas de Don Pedro, aquel que el mundo denominó *el grande*, y de Don Jaime, aquel que la historia ha llamado *el justo*.

Suntuosos templetos de sobredorado mármol, ricos en preciosas ojivas, en haces de columnitas, en caprichosos follajes y en lindas labores, cobijan los sepulcros que consisten, el de Don Pedro en un gran vaso de pórfido sentado sobre dos leones, de estilo árabe, que, segun fama vulgar, fué en algun tiempo un baño arrebatado á los moros por el mismo que allí descansa, mientras que el de Don Jaime es cuadrilongo y soberbiamente entallado. Con Don Jaime descansa allí su bella esposa Doña Blanca de Nápoles.

La revolucion que un dia rugió amenazadora desplegando sus alas de monstruo no perdonó estos sepulcros, cuyo interés histórico y cuyo primor artístico, no bastaron á preservarlos de odiosas profanaciones. Sin embargo, quiso la Providencia que, mas afortunados que los monumentos regios de Poblet, saliesen casi ilesos del furor del populacho, y allí quedasen para honra del arte, para ilustracion de la historia y para gloria de Cataluña.